

## J. Ignacio Díez, *Ficciones y confesiones: Francisco Umbral (y otros escritores contemporáneos)*

Madrid, Dalya, 2019

José María FERRI COLL

**Authors:**

José María Ferri Coll  
Universidad de Alicante  
jm.ferri@ua.es  
<https://orcid.org/0000-0002-6987-5097>

Date of reception: 28-02-2020

Date of acceptance: 30-03-2020

**Citation:**

Ferri Coll, José María, «J. Ignacio Díez, Ficciones y confesiones: Francisco Umbral (y otros escritores contemporáneos)», *Anales de Literatura Española*, n.º 33 (2020), pp. 275-278.  
<https://doi.org/10.14198/ALEUA.2020.33.21>

**Funding data:**

The work published in this article has not received any type of public or private finance.

**Licence:**

This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License.



---

Fue Umbral (1932-2007), con envidia que no me atrevo a calificar, quien dijo, a propósito de Cela, que el tiempo diría qué sería de su obra cuando se hubieran apagado los neones del Nobel. El autor de *Mortal y rosa* gozó en vida de enorme fama mediática, casi tanta como su amigo Camilo José. Sin embargo, la fama a secas, según se entiende al menos desde el *Diccionario de Autoridades* es «opinión común de la excelencia de algún sujeto en su profesión o arte». Y en ese sentido, la obra de Umbral, igual que la de otros grandes periodistas (como son los casos de Larra y Azorín, por citar a los dos más grandes en el XIX y XX), no ha sido siempre valorada como merece. Quizás ello se haya debido a la hostilidad que la academia suele mostrar contra todos los productos culturales que hayan sido capaces de romper el caparazón de la minoría y hayan llegado a convertirse en patrimonio público, o mejor dicho, en patrimonio del público. Los lectores de periódicos, a diferencia de los de libros, no pueden elegir el contenido de su lectura, porque abrir un periódico es, en parte, adentrarse en la sorpresa que aguarda a quien se acerca a él bajo una pluralidad de firmas y opiniones. Y ello fue más evidente antes de la era de internet, cuando los diarios en papel eran un medio de que los escritores fueran creando su cartera

de aficionados, que iban a los quioscos a comprar el periódico para seguir sobre todo los escritos en diferente género de sus periodistas favoritos. Todos recordamos el orgullo de Larra cuando consiguió ser redactor en *La Revista Española*: «El hecho es que me acosté una noche autor de folletos y de comedias ajenas, y amanecí periodista» (19 de marzo de 1833). Esa misma vocación, acompañada de gran empeño, fue la razón de que Azorín firmara muchas de sus colaboraciones periodísticas en la prensa argentina como el «jornalero de la pluma». Creo que algo parecido sintió Umbral cuando consiguió tener sección fija en los principales periódicos españoles. Su columna en *El Mundo* aumentó su nombradía y su cuenta bancaria. No en vano, Umbral se jactaba de que más de un millón de lectores paladeaba a diario su colaboración en el diario madrileño. Pero también lo hizo objeto de los escarnios y envidias de quienes, como he dicho arriba, relacionan, como si de una fórmula exacta se tratara, el gusto mayoritario con la baja calidad estética. A Umbral, le preguntaron en 2005 sobre su dedicación a la escritura de columnas. Respondió, sin pensárselo mucho, que era lo él quería hacer y que se profesionalizó en esos menesteres, o sea que empezó a recibir honorarios por escribir.

J. Ignacio Díez es conocido experto en la obra de Umbral, a la que ha dedicado muchos estudios imprescindibles para el entendimiento de esta. Ahora aparece este libro, que agavilla nueve trabajos publicados previamente desde 2009 hasta 2015. La primera parte del libro, constituida por siete de ellos, está dedicada a Umbral; y la segunda, formada por el resto, se ha consagrado a Juan Benet (1927-1993) y a Javier Marías (1951), escritores contemporáneos, también preocupados por los lindes de la ficción y la memoria. El conjunto representa muy bien grandes preocupaciones de la narrativa española contemporánea, representada por tres escritores de primera fila.

La primera parte del libro recorre diferentes motivos formales y de contenido que sirven para definir la idiosincrasia de la prosa de Umbral. El tema recurrente del erotismo en su obra es tratado con nueva luz por J. Ignacio Díez. Quizás por la imagen que el mismo Umbral contribuyó a engordar, según la cual el escritor era un *dandy* al acecho de bellas mujeres, no se ha visto más que en su epidermis el significado y alcance del erotismo en su prosa. Aquí, el lector tiene oportunidad de valorar su relevancia gracias a los dos primeros capítulos del libro en que su autor indaga sobre un tema bastante descuidado, como el de la belleza andrógina; y otro, poco esperado en nuestro escritor, como es el falo, atendiendo a la imaginaria, la ideología y el juego, maquinaria puesta toda ella al servicio de la provocación, finalidad favorita de Umbral. El tercer capítulo trata de la frontera entre el periodista y el narrador de libros. No es casualidad que Larra o Azorín llevaran alguna vez sus artículos periodísticos

al formato de libro. Ese tránsito, como es natural, restaba inmediatamente a los artículos uno de los ingredientes que comparece en cualquier periódico, la actualidad. Una columna de Umbral, leída en el día de su publicación en el diario, no puede interpretarse igual que, unida a muchas otras, en un volumen que el lector pudiera tener en sus manos mucho tiempo después de su primera publicación, y por tanto, muy alejada de la actualidad vigente en el momento de la escritura. Se estudia aquí el *Diario de un snob* (1973). Como se aprecia en el mismo rótulo, Umbral no da puntada sin hilo. Recurrir al género diarístico para nombrar el libro es un ardid extraordinario que hace las veces de cordón umbilical entre el periódico y el libro. Umbral superó a Larra y a Azorín en el trasvase de un formato a otro evitando que se notaran suturas y costuras. El capítulo cuarto está consagrado al Umbral lector, a sus lecturas, sus influencias, los trucos y trampas de su escritura, las falsas pistas y en general a todo el apasionante entramado que consigue tejer el narrador entre sus escritos y los ajenos. Para transitar este territorio, J. Ignacio Díez ha elegido la figura de Proust, cuyo ejemplo vale por muchos otros. Para el capítulo quinto, el autor se ha reservado uno de los temas más complejos y recurrentes en la prosa de Umbral. Me refiero a la memoria. Se analizan aquí dos obras que, a simple vista, puede parecer que tengan poco en común, pero que, en un análisis más profundo, presentan concomitancias dignas de estudio. Se trata de *Y Tierno Galván ascendió a los cielos. Memorias noveladas de la transición* (1990) y de *Leyenda del César Visionario* (1991). De la comparación, el autor concluye que «en el taller creativo del escritor la cronología se invierte y de la divertida libertad de la transición se traslada a la sangrienta contienda de la Guerra Civil» (p. 158). El capítulo sexto se ocupa de una de las obras más conocidas de Umbral, que además se ha citado muchas veces como representativa de su estética e ideología, lo que resulta muy difícil de corroborar a tenor de los millones de páginas escritas por el periodista vallisoletano. Ya se habrán dado cuenta de que estoy hablando de *Mortal y rosa* (1975). J. Ignacio Díez compara este relato con *Mis paraísos artificiales* (1976), que considera, a pesar de su publicación posterior, «fuente de inspiración y composición para una parte de *Mortal y rosa*» (p. 161). Cierra esta primera parte del libro un acertado ensayo acerca de las relaciones entre prosa y verso en la obra de Umbral. El poema en prosa y el lirismo, siempre presente en su narrativa, son asuntos de la mayor importancia en el estudio del autor de *Carta a mi mujer*.

La segunda parte es mucho más reducida en extensión, pero no así en intensidad. El octavo capítulo aborda la novela *Otoño en Madrid hacia 1950* (1987) y, más específicamente, el uso que Benet hace del motivo de la memoria, evitando «que el punto de vista de unas memorias pase necesariamente por

la privilegiada posición del autor» (p. 214). Para ello, el novelista delega esa función en los cuatro personajes protagonistas de los relatos que conforman la novela. Cierra el libro un estudio sobre *Todas las almas* (1989), en que J. Ignacio Díez fija su atención en los conceptos de memoria, autoficción, desorden y costumbrismo en la obra de Javier Marías para llegar a la conclusión de que «su negativa al costumbrismo patrio [...] consiste en un juego, inteligente sin duda, que retrata las costumbres inglesas, en el fragmentismo característico de la narrativa posmoderna» (p. 251).

En fin, el libro que reseño aquí presenta y estudia una serie de conceptos estéticos, problemas genéricos, modelos de inspiración y tópicos de nuestra literatura contemporánea siguiendo la voz privilegiada de tres piezas clave del reciente ajedrez literario español.